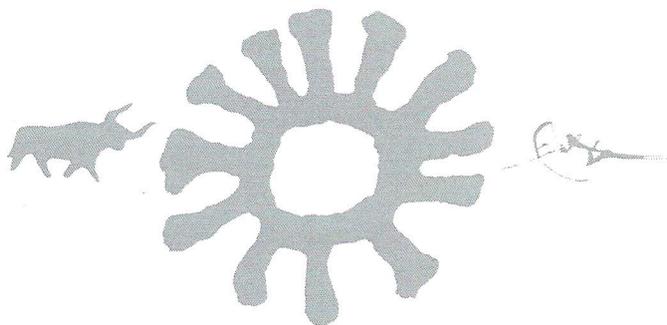


A los de casa



CARMEN SIERRA RAMOS

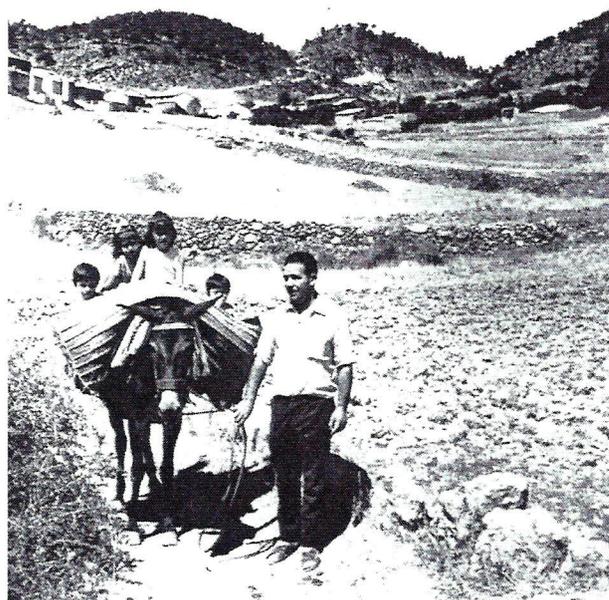
En la editorial de la revista del año pasado César se preguntaba sino estaríamos al final de un ciclo después de más de diecisiete años al frente de la revista. Pero el problema no es quien haga Kelatza, nadie somos imprescindibles. Al menos no nosotros.

Los que sí son imprescindibles son aquellos que forman parte de nuestra historia. Aquellos que casi sin darnos cuenta se están yendo.

No son solo nuestros progenitores: padres, abuelos... sino que son nuestros orígenes, costumbres, en definitiva, nuestras gentes.

Ellos y ellas vivieron la postguerra, algunos hasta la guerra; vivieron necesidades, pero vivieron como pudieron. Unos mejor que otros. Con unos la vida se portó bien. A otros no supo ni darles el mínimo que necesitaban.

Muchos emigraron buscando algo que anhelaron y no siempre tuvieron. No querían ni para



ellos ni para su familia las estrecheces y duras jornadas de trabajo. Fueron a un futuro incierto a realizar aquello de lo que nada sabían. Dejaron todo. Y trabajaron. Trabajaron muy duro en lo que pudieron y con lo poco que sabían. Sólo llevaban como carta de presentación su ilusión y ganas de trabajar. La mayoría no se hicieron ricos ni lo pretendían, solo querían ser felices.

Otros se quedaron en el pueblo. Por miedo a la incertidumbre o por no abandonar al pueblo y a su familia. Siguieron su vida con tareas duras, con largas jornadas bajo el sol.

Y unos y otros con una fuerza que las generaciones futuras difícilmente tendremos.

Algunos de los que marcharon ya no volvieron. No supieron apreciar lo que dejaban atrás o no querían recordar. Otros volvían rara vez y solo de visita.

La mayoría volvían y procuraban todo su tiempo a su pueblo. Volvían a sus raíces y sus gentes. Volvían a realizar aquellas tareas que un día abandonaron pero que ahora las retomaban con cariño: ayudaban a sus padres porque querían y sabían. Y más adelante, pasaban cada vez más tiempo en el pueblo, regresando a sus huertos, sus viñas, sus paseos.

Y ellos y ellas con el tiempo también se fueron haciendo mayores. A todos los he reconocido muchas veces subiendo por el *Carril* de vuelta del *Pico* o los *Panizares*. Se sentaban en el poyete, observaban silenciosos, recordaban viejas historias que no supe escuchar. No me detenía en los detalles al escucharlos. Ellos sabían su trabajo, lo explicaban con paciencia. Y estas historias son las historias que no se explican bien en los libros, porque no es la que se lee, sino la sabiduría de lo vivido. Porque muchos ni siquiera aprendieron a leer.

Cada vez son menos los que nos puedan hablar de la siega, la trilla, las calderas del espliego, las horas en el campo o descansando bajo los sesteros con el *hato* de la merienda al lado. No al menos los que nos lo cuenten por haberlo vivido. Llegará un momento que sólo estaremos quienes lo recordaremos con cariño, y así se lo contaremos a nuestros hijos, los que lo hicimos con los abuelos. Pero lo contaremos como un juego infantil del que se habrán perdido los detalles.

¿Recordaremos la capacidad que tiene un medio almuz? ¿Cuántos se necesitaban para llenar un costal? ¿En que luna se deben sembrar los ajos? ¿Seremos capaces de hacer los surcos de una tabla sin mirar atrás y sin calcular antes como debemos hacerlos para que se rieguen bien? ¿Cuántos kilos de patatas necesitamos para sembrar en nuestra tableta?

Se nos están yendo tan silenciosamente que, cuando queramos volver la cabeza para hacerles estas y otras preguntas, ya no estarán.

Si algo he aprendido desde que se fundó Kelatza es a observar y escuchar. Y darme cuenta de todo lo que he perdido por el camino

Si algo he aprendido desde que se fundó Kelatza es a observar y escuchar. Y darme cuenta de todo lo que he perdido por el camino.

Mi padre nos enseñó, a mis hermanas y a mi, a apreciar donde estaban nuestros orígenes, amar al pueblo y sus gentes. ¿Qué sabíamos nosotras de la vida si nunca nos faltó lo mínimo para vivir? ¿Quién nos creíamos que éramos para juzgar a algunas personas si ni siquiera podíamos imaginar lo que habían pasado en la vida?

Con él aprendí mucho más de lo que nunca leí y mucho más que me ha quedado por aprender, tanto que preguntarle, que os animo a todos y a todas a no dejar que lo nuestro se quede en el olvido, porque sino Kelatza perderá parte de su sentido.

Como decía mi padre, a los de "casa", porque para él todos los del pueblo eran de casa. A los suyos y a los nuestros.